

## Burocracia y profesión

(Conflicto de una doble pertenencia)

Burocracia y profesión<sup>1</sup> son fenómenos que se tocan. Los dos —caracterizan, tal vez como ningún otro rasgo, nuestra época industrial— participan de elementos comunes, aunque conservando cada uno sus notas distintivas, sobre todo al nivel de las normas y de las estructuras sociales. Y los dos, también, por su condición de modelos institucionales, se enfrentan en el campo de la organización social, y consiguientemente en la conciencia, siendo un origen permanente de conflicto. No es de extrañar, por tanto, que su estudio se haya convertido en preocupación constante para sociólogos y menos para psicólogos, como aparece de una ojeada por la abundante bibliografía. Sería de desear, no obstante, que estos fenómenos y sus conflictos fuesen enfocados también desde otras perspectivas, por ejemplo, la teológica.

Examinemos, aunque solo sea brevemente, la tendencia burocrática que se acentúa cada día más en todas las formas asociativas. La idea de racionalización que se justifica por motivos de eficacia, se ha extendido a los diversos niveles del organismo social, como condición de vida. Así nace la burocracia —según terminología de Max Weber— que interioriza la idea de racionalización, pero de la que se aleja peligrosamente al aislarse del sistema social y técnico que la rodea. En consecuencia, el individuo, como tal, se ve arrastrado a una integración progresivamente anónima. La impersonalidad, el ritualismo, la reglamentación estricta de su comportamiento, como forma estereotipada, son características que definen el modelo burocrático. En definitiva, el individuo es un número que tiene significación sólo integrado en el conjunto, donde desempeña una función por la que se le define. ¿Alienación? sí, *alienación burocrática*. Alienación crea-

<sup>1</sup> La cita sólo comprende algunos trabajos fundamentales que centran su atención sobre estos fenómenos. M. WEBER, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tübingen 1922; R. K. MERTON, A. P. GRAY, B. HOCKEY, H. C. SELVIN (eds.), *Reader in bureaucracy*, Glencoe (Ill), Free Press, 1952; A. W. GOULDNER, *Patterns of industrial bureaucracy*, London, Routledge and Kegan Paul, 1954; P. BLAU, *The dynamics of bureaucracy*, Chicago, The University of Chicago Press, 1955; S. N. EISENSTADT, "Bureaucracy and bureaucratization. A trend report and bibliography": *Current sociology* 7 (1958) 99-164; A. TOURNAINE, "Entreprise et bureaucratie": *Sociologie du travail* 1 (1959) 58-71; M. CROZIER, *Le phénomène bureaucratique*, Paris, éd. du Seuil, 1964; J. GOODE, "Community within a community: The professions": *American sociological review* 22 (1957) 198 ss.; M. VOLLMER y D. L. MILLS (eds.), *Professionalization*, New York, Englewood Cliffs, 1966.

da por el medio humano y por las obras de los hombres. Alienación que, en sus extremos, convierte a los hombres en meros autómatas.

Al llegar a este punto surge inevitablemente la pregunta ¿no tiene límites esta tendencia burocrática? Ciertamente, pero por exigencias de circunstancias externas al modelo. Sus límites vienen marcados, por una parte, por la complejidad del hombre que, con su espíritu de iniciativa inagotable, lleva la incertidumbre al campo de la organización, aprovechándose de todos los laberintos humanos y técnicos con destreza y sabiduría. Al otro extremo, el apoyo del *grupo* formado por todos aquellos que defienden lo mismo, los cuales se convierten en defensores y cómplices, estimulados por el instinto de defensa, en una sociedad donde se lucha en grupo y en donde se presiona masivamente. El que se empeña en permanecer solo sufrirá una disminución progresiva de sus libertades y acabará siendo anulado. Para conservar una cierta independencia y defender su personalidad no le queda otro remedio que recabar la ayuda de los que participan de su misma situación. Es preciso organizarse para sobrevivir.

Y penetramos en el terreno de la segunda tendencia: la profesional. En el mundo de hoy se extiende, como una toma de conciencia colectiva, la importancia de la cualificación técnica. Esta toma de conciencia que arraiga en una tradición cultural generalizada, se manifiesta de muy distintas formas, pero todas llevan esa nota distintiva de la universalidad. El individuo, aun el simple obrero<sup>2</sup>, está afirmando su vida privada de trabajo ante la tendencia absorbente, burocrática de la sociedad de hoy, y lo hace con esa fundamental característica de la reivindicación, con el conflicto. Más se desarrolla el sistema técnico de trabajo y más, también, se reivindican rasgos profesionales para el propio trabajo. Reivindicación de libertad e independencia; pero sobre todo reivindicación de la competencia técnica contra toda alineación, sea ésta burocrática, técnica, o política. Nos encontramos, pues, ante un fenómeno de sensibilidad tecnicista.

¿Qué problemas prácticos plantea la reivindicación al individuo? Uno primero y fundamental: todo aislamiento en el ejercicio profesional o técnico, que se ha defendido en tiempos pasados en nombre de la libertad, resulta hoy día anacrónico, inservible. Es un comportamiento tan anticuado y extraño, como si se pretendiese defender los propios derechos a garrotazos. El individuo necesita asociarse, unirse a aquellos que participan de su *status*. Y, de hecho, en el día de hoy se asocia todo el mundo en cuanto existe un mínimo de coincidencia en los rasgos profesionales, aún cuando se encuentren en el último grado de la escala. Es el instinto de defensa que obliga a renunciar a las posturas de aislamiento, posibles en tiempos pasados, pero no hoy.

---

<sup>2</sup> La expresión: profesionalización del trabajo obrero, ha sido introducida por N. FOOTE, "Professionalization of labor in Detroit": *American journal of sociology*, enero (1953) 371-380.

Lo típico de la profesión, sin embargo, no es esa tendencia asociativa, esa integración en grupos, propia también de la burocracia, sino el establecimiento de un código profesional. Sus normas van limitando el comportamiento, determinando las responsabilidades, creando un cuadro mental, más o menos elástico, configurando un gesto estereotipado. En este sentido es justa la afirmación de que la vida del individuo está, como no lo estuvo nunca, influida, condicionada y a veces anegada por un ambiente profesional que despersonaliza. Sí, hay peligros y aspectos negativos en la profesionalización que no se pueden negar, pero tras ellos hay una liberación de otras alienaciones peores. Liberación no sólo de presiones jerárquicas, inherentes a toda relación de poder, sino también de sí mismo: de preocupaciones, de incertidumbres, de ajustamientos inadaptados que, al recibir una forma estereotipada, disminuyen las responsabilidades privadas sobre todo en situaciones de conflicto. Alguno, posiblemente, formulará la pregunta ¿no existe otro medio que participe de todas las bondades de la profesión, pero no de sus inconvenientes? Me atrevería a afirmar que por el momento y mientras exista la tendencia burocrática, la profesión será el único antídoto adaptado. Quizá, su formulación cambiará con las circunstancias, principalmente sociológicas, pero lo esencial del fenómeno permanecerá.

Hasta aquí me he referido a la doble tendencia: burocrática y profesional. Las dos, como he notado anteriormente, con *funciones* y *dísfunciones* —es terminología usada por los sociólogos para significar lo positivo y lo negativo de la burocracia; aquí abarca el doble fenómeno—; es decir, con aspectos positivos y negativos para el organismo social. Lo que interesa, ahora, es recalcar el conflicto entre esa doble tendencia. Porque este conflicto, rodeado de agresividad más o menos expresa, es algo más que un problema transitorio y superficial: es un enfrentamiento permanente entre técnica y poder, entre experiencia y racionalización, que penetra en el mundo vital de las actitudes y se convierte en origen continuo de frustración.

Pero centremos la atención sobre una clase concreta de conflicto: el de las llamadas profesiones liberales, por ejemplo, el médico en una organización burocrática. Y, desde luego, no se trata de un caso raro, solitario, sino de un fenómeno generalizado. Un repaso a las estadísticas de estos últimos años —la tendencia continúa— nos da una imagen del fenómeno. Gran número de miembros de las viejas profesiones liberales han pasado a engrosar las filas de los asalariados, integrándose a organizaciones burocráticas. Claro está que esta integración no prejuzga unidad o coherencia de las respectivas normas de comportamiento. ¿Qué significa esa integración para el profesional, en el ejemplo dado, el médico? Significa que está sometido a una doble norma de comportamiento: la burocrática y la profesional, con frecuencia opuestas en sus exigencias. La organización presiona para acomodar su comportamiento a los fines propios, que

no son otros que el propio provecho; al otro extremo, el grupo de compañeros le presenta la dignidad de su profesión que reside precisamente en la vida del hombre, su cliente.

La respuesta de los profesionales a este conflicto presenta múltiples matices, según aparece de varias investigaciones<sup>3</sup>. Entresaco de los resultados de estas investigaciones algunos datos, haciendo observar, no obstante, que se trata de datos circunscritos a un número limitado de casos y en ambientes muy concretos que prohíben toda generalización precipitada. Para unos, el grupo profesional, convertido en centro de referencia, da la medida de su comportamiento y domina sobre cualquier otra pertenencia. Son los individuos críticos, los inconformistas, los inadaptados al sistema administrativo de la organización, que aspiran continuamente a la independencia; pero, también, los que muestran una preocupación mayor por su perfeccionamiento y los más responsables en el ejercicio de su especialidad. Para otros, situados en el extremo opuesto, la organización burocrática pasa a ser su grupo de referencia. En su comportamiento, buscan más la aprobación que la eficacia. Son los adaptados, los satisfechos que no sienten necesidad de independizarse; pero su dedicación profesional marca un débil nivel de interés.

Una drama íntimo, tejido de frustraciones, frustraciones sobre todo vocacionales que crean las rebeldías, las insatisfacciones, pero, también, aunque con diverso signo, los conformismos y las adaptaciones, plantea a la religión algunas preguntas acuciantes. ¿Seguir las normas profesionales, que harán especialistas responsables, pero, como contrapartida, inadaptados a un sistema organizativo eficaz? ¿O, por el contrario, entregarse al servicio de la empresa, integrándose a un mecanismo burocrático que carece de sensibilidad personal, posponiendo sus deberes profesionales? Las respuestas deben barajar elementos económicos y vitales, pues, si, por una parte, la pertenencia a la organización es un medio necesario de vida; por otra, se ponen en juego los resortes más vitales del hombre. Se podrá argüir con la "moral profesional", pero ésta capta sólo en parte esta problemática, al menos hasta el momento. En mi opinión se trata de algo más hondo; a saber, de la postura moral y teológica que debe adoptar el hombre, el hijo de Dios, ante el mundo moderno que le obliga a vivir su vida dentro de una burocracia profesional. Es un problema general y actual que no puede soslayarse con una sonrisa ni con un despecho, pues están en juego tragedias íntimas de cada día.

JESÚS V. SAN ROMÁN, O. S. A.

<sup>3</sup> H. L. WILENSKY, *Intellectuals in labor unions*. Glencoe (Ill.), Free Press, 1956; A. W. GOULDNER. "Cosmopolitans and locals": *Administrative science quarterly* 2 (1957-1958) 281-306, 444-480; T. CAPLOW y R. J. MC GEE, *The academic market-place*, New York, Basic Books, 1958.